



www.loqueleo.com

© 2009, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-415-2

Derechos de autor: 044322

Depósito legal: 005136

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2009

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2016

Décima quinta reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Diseño de portada: Roger Ycaza

Actividades: Cecilia Velasco

Diagramación: Ramiro Jiménez

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada (actividades)

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El puente de la Soledad

María Fernanda Heredia



loqueleo



*A Alonso, Marcela, Patricia, Verónica y Daniela...
con quienes descubrí el mundo en un Mini Austin rojo.*

*A Juan José, Luis Miguel, Manuela y Juan Xavier...
mis copilotos en la parte más dulce del viaje.*

Índice



La mitad del camino	11
I	13
II	19
III	25
IV	29
V	33
VI	39
VII	47
VIII	51
IX	55
X	61
XI	65
XII	69
XIII	75
XIV	83
XV	89
XVI	95
XVII	99
XVIII	105
XIX	109

XX	113
XXI	117
XXII	119
Epílogo	121
Cuaderno de análisis	125

La mitad del camino



Era un puente muy viejo y angosto en medio de la carretera. Por su aspecto daba la impresión de que no resistiría demasiado peso. Su longitud no sobrepasaba los 20 metros y el destartado rótulo ubicado a una distancia muy prudente dejaba claro el mensaje en cuanto a su estrechez y fragilidad:

11

Puente de la Soledad
Pasa solo un vehículo a la vez

Para completar los datos, algún conductor travieso había añadido con su puño y letra en la parte inferior del rótulo la siguiente información:

Si sabe rezar, hágalo ahora.

Cuando Paula se bajó del auto eran casi las dos de la mañana y la única luz cercana era la de la luna llena. Caminó hasta el puente, se aproximó a la baranda y miró hacia abajo.

—¿Ves algo? —le pregunté desde la ventanilla del auto.

—Nada, está muy oscuro.
—¿Hay un río o algo así?
—No lo creo. No hay ruido de agua.
—¿Qué opinas... seguimos o nos regresamos?
—¡Qué pregunta! —dijo ella—. ¡Seguimos!

12

I



Quando escuchaba a otras personas hablar sobre sus divertidas y alocadas anécdotas de la adolescencia, yo me sentía como si fuera un *alien*. En la libreta en la que apuntaba el *top ten Experiencias superapasionantes que me habían cambiado la vida*, el primer lugar (invicto) lo ocupaba la ocasión en que aprendí a rizarme las pestañas con una cuchara.

Efectivamente... A mis quince años no me había ocurrido ni la décima parte de lo que le había pasado a una persona normal de mi edad. Hasta un maniquí tenía una vida más activa que la mía. Mi mamá lo justificaba diciendo:

—¿Para qué quieres vivir como esas locas, atolondradas e irresponsables de tus amigas?

Bueno, es que mi mamá siempre ha sido un poco exagerada y me protege como si fuera su única hija... porque soy su única hija.

Mi personalidad no me ha ayudado para lanzarme a cometer alguna locura, de hecho siempre he estado del lado de las miedosas. Paula dice que el mundo juega a favor de los valientes y quizá de ahí viene mi mala pata, porque lo que está claro es que yo no he traído de fábrica todos los extras de osadía con que los adolescentes se mueven por la vida.

13

Por ejemplo... sé que todos mis compañeros están genéticamente preparados para recibir o enviar discretamente un papelito en media clase sin que eso suponga demasiado riesgo. Tengo compañeros expertos que, ante el temor de ser pillados por los maestros, se han tragado, literalmente, el papelito, como si nada. Pasará a la historia mi amigo Nicolás que, ante el llamado de atención del profesor de Dibujo Técnico, se asustó tanto que se tragó el papel que acababa de llegar a sus manos, sin darse cuenta de que en su interior llevaba una gruesa pulsera que Cristina le había prestado a Diana para que la usara en una fiesta. Nicolás prometió devolver la joya tan pronto la viera salir... pero Cristina le dijo que se quedara tranquilo, que ella prefería darla por perdida.

Yo soy un desastre para los mensajitos en la clase, soy la excepción que confirma la regla. Cada vez que envío o recibo un papel se me sube el color a los cachetes, tiemblo, transpiro y me muevo erráticamente en la banca.

Aquella ocasión el mensaje me llegó en media clase de Física, con el profesor Guerra, que es un ser tan amable y sensible como un cocodrilo. El papel doblado circuló por el correo habitual: Paula se lo entregó a Daniel, él se lo pasó a Diana, Diana, a Quique y Quique, a mí. Yo traté de disimular, puse cara de: «Por favor, profesor, continúe con su muy interesante intervención sobre la hidrostática y la hidrodinámica», pero él detuvo su discurso, la clase quedó en silencio y yo sentí que me derretía en la banca.

—¿Qué tiene en la mano, señorita Aguilar?

—Nada, profesor.

—¿Podría abrir el puño para que todos lo comprobáramos?

Yo tenía el puño tan cerrado que sentía las uñas clavadas en la palma de la mano. El papel, arrugado en el interior, seguro estaría mojado por mi sudor. Lo peor de todo era que yo no había tenido tiempo para abrirlo, no sabía qué rayos había escrito Paula ahí. Conociéndola, el mensaje podría decir desde: «Qué lindo clima», hasta: «¿Te has fijado en que al profesor Guerra se le terminó el champú anticaspa?».

Volteé a mirarla confiando en que ella, consciente de su responsabilidad, sería mi cómplice y accedería a acompañarme a la silla eléctrica, pero qué va... Paula se miraba las uñas como si en ellas fuera a encontrar las respuestas más importantes de la vida.

—¡Abra su mano! —insistió Guerra con los ojos desbordados de rabia—. Si no lo hace, me veré obligado a llamar a las autoridades del colegio.

Yo sabía que el feroz profesor no se detendría ante nada. No en vano era conocido por sus alumnos y ex alumnos como el Lobo Guerra. Su aspecto, excesivamente peludo (hasta en las orejas), lo hacía lucir como un ser intimidante; pero, además, su carácter lo había convertido en el personaje más temido del colegio. No solo huían de él los estudiantes, sino también sus colegas. Las historias que se escuchaban en los pasillos decían que era inmisericorde con sus alumnos, con los demás profesores y con quien se cruzara por su camino. Su fama perversa lo acompañaba como una sombra.

Vencida en el paredón ante la exigencia del profesor, abrí la mano.

—¿Quién se lo envió?

—Nadie, profesor, yo lo escribí y estaba a punto de pasárselo a una amiga.

Esa era la norma. No delatar a los amigos era algo que hasta el más canalla debía respetar en la clase, porque de lo contrario tendría que aprender a vivir con el rótulo de «soplón» de por vida.

—Muy bien, señorita Aguilar, despliegue el papel y léalo en voz alta. Estoy seguro de que todos queremos conocer qué es eso tan importante que usted quería compartir con alguien de la clase.

Abrí el papel, leí en silencio lo que ahí decía y tomé una decisión:

—No creo que sea buena idea. Preferiría no hacerlo.

—¡Que lo lea he dicho! ¿Entiende lo que es una orden o prefiere que se lo dibuje en la pizarra?

Tomé aire, hice acopio de todas mis fuerzas y entonces leí con ritmo entrecortado y nervioso:

—Aquí dice: «Me... Me... duele la la... muela».

La clase entera rio al escuchar el mensaje mientras que Guerra me lanzó una mirada irónica y de desprecio para luego añadir:

—Bueno, señorita Aguilar, debo pedirle disculpas porque pensé que ese papel contenía una información sin importancia, pero, por lo que usted ha leído, evidentemente se trata de un mensaje de vida o muerte, que no puede esperar. Un dolor de muela es motivo suficiente para interrumpir una clase. Es más... deberíamos suspender las actividades por este día y a lo largo de la semana.

La clase entera se reía de mí. Guerra quería darme una lección y todos conocíamos qué era lo que estaba buscando. Pretendía humillarme y asustarme para que yo le pidiera disculpas delante de todos, para que le suplicara que no me

delatara con la directora. Le encantaba saberse poderoso, se sentía feliz de mirarnos por debajo de su hombro.

—Si me permite, señorita Aguilar, y por tratarse de un problema tan serio, quisiera que la directora del colegio estuviera al tanto de su dolor de muela. Si usted está de acuerdo, me gustaría llamarla para que ella tenga conocimiento de que, mientras yo estaba intentando dictar mi clase, usted la interrumpió con tan importante revelación.

Para poder describir a la directora del colegio habría que colocar los siguientes ingredientes en una licuadora:

- Una madrastra malvada de cuento de hadas
- Un bote de vaselina para la cara
- 10 uñas postizas con decoración de brillos
- Un traje color café
- Una cucharada de vinagre
- Un bigote

Quizá me equivoco, pero creo que, a lo largo de mi vida, me he encontrado con ella en más de alguna pesadilla monstruosa.

Cuando el profesor Guerra me amenazó con llamar a la directora, me estaba presionando para que le pidiera, le rogara, que me disculpara, así es que no quise esperar más.

—Le pido disculpas, profesor. No debí escribir ese mensaje.

—No le he escuchado claramente. ¿Podría repetirlo en voz alta?

—¡Que le pido disculpas, profesor!

—¡Más alto! ¡Mucho más alto! ¡Quiero que la escuche todo el colegio!



La clase entera me miraba, querían saber hasta qué punto yo permitiría que Guerra me doblegara. Mi carácter no era tan fuerte como me habría gustado. Si él continuaba tensando la cuerda, esta terminaría rompiéndose de mi lado. Mis compañeros habían dejado de reírse unos segundos antes, en el salón no volaba ni una mosca.

Cuando estaba a punto de descargarme en llanto, Paula levantó la mano, indignada, y tomó la palabra.

—Si me permite, profesor, quisiera hacerle una sugerencia: Usted debería conservar ese papel para mostrárselo a la directora, ¿no le parece?

Nadie en la clase entendió el porqué de su sugerencia. Nadie salvo yo. Estoy segura de que más de uno habrá pensado que Paula era una traidora.

El profesor la miró con dudas. Luego se acercó a mí y tomó el papel que continuaba en mi mano. Con algo de curiosidad leyó en silencio el contenido. De inmediato rompió el papel con furia, salió de la clase deprisa y en menos de diez segundos volvió a entrar, sin que nadie entendiera lo que estaba ocurriendo.

—Vamos a olvidar el tema —dijo con seriedad—, continuemos hablando sobre la hidrostática.

Solo Paula, el profesor y yo sabíamos la verdad: en ese papel que Paula me había enviado constaba un mensaje totalmente distinto al que yo había revelado. Ahí decía:

Guerra tiene la bragueta abierta... el pobre no se ha dado cuenta.

—No se puede ser tan antipático —me dijo más tarde Paula cuando hablamos sobre el incidente—. Ese tipo está haciendo méritos para que alguien, como tú, por ejemplo, le desinfe las cuatro ruedas de su auto.

—No tiene auto, Paula.

—¡Vaya, es más astuto de lo que yo imaginaba!

—De todas maneras yo no sería capaz.

—Ya lo sé... ni tú ni yo seríamos tan malas.

—Cuando me exigió que leyera en voz alta el mensaje, no me atreví. ¿Te imaginas lo que habría pasado si yo decía delante de toda la clase que él traía la bragueta abierta? ¡En este momento mi cabeza habría estado colgada en el patio central!

—¡Pues yo lo habría hecho! ¡Yo habría leído el texto! Te portaste demasiado buena, Daniela, por eso él se aprovechó de ti. A Guerra no le importa maltratar a nadie, sin embargo, cuando lo desafié a que le mostrara el papel a la directora y descubrió que tú lo habías salvado del ridículo, se las dio de bueno y cerró el tema. Ay, Dani, si me encontraba a mí con el papel, la historia habría sido muy distinta...

Paula era así, atrevida, irreverente y justiciera. Podía enfrentarse a un lobo feroz sin siquiera despeinarse. Yo era su polo opuesto.

Ambas éramos amigas porque nos caíamos bien, porque peleábamos poco y porque juntas reíamos mucho. Pero, sobre todo, creo que Paula y yo nos necesitábamos: ella se había convertido en mi acelerador y yo en su freno... dos pedales sin los cuales no se puede echar a andar la vida.

En más de una ocasión mi mamá me había dicho:

20

—No me gusta esa *amiguita* tuya.

De nada servía que yo respondiera:

—Esa *amiguita* mía tiene nombre, se llama Paula.

Porque mi mamá arrugaba la nariz y hacía como si no se enterara. A veces, para referirse a ella, hacía alusiones tipo:

—De seguro estuviste con esa amiga tuya, la que tiene *piercings*, uñas negras y tatuajes por todas partes.

Las tres cosas eran, para mi mamá, señales inequívocas del mal, y como a ella le encantaba darme unos larguísimos sermones sobre las malas influencias, Paula siempre aparecía en el menú.

Mamá veía peligro en todas partes. Recuerdo que en mi primer día en el jardín de infantes, ella me dijo:

—Ten cuidado con los niños más grandes porque siempre golpean a los pequeños, y los más pequeños podrían patearte en las canillas. En el patio, fijate bien para que no te den un pelotazo porque podrían romperte la cabeza, y si hay alguien en los columpios, aléjate porque te podrían dar una patada y sacarte un ojo. No aceptes dulces de extraños porque podrían envenenarte. No te subas al autobús equivocado porque po-

drías perderte. No te acerques a las flores del patio porque podría picarte una abeja. No vayas sola al baño, pero tampoco permitas que nadie entre contigo... Ah, y no olvides que hoy inicias la etapa más linda de tu vida: el colegio.

Por el contrario, los papás de Paula eran muy relajados. Demasiado relajados. ¡Relajadísimos! Tanto que a veces parecía que se olvidaban de que tenían una hija. Cuando apareció en el colegio con mechas de color violeta y dos aros en las cejas, todos le preguntamos:

—¿Qué te dijeron tus papás?!

Ella nos respondió:

—Nada, aún no se han dado cuenta.

A veces envidiábamos esos papás-fantasmas tan diferentes a los nuestros, a los que teníamos que pedir permiso hasta para ir al baño.

Era común que Paula llegara a las fiestas sin tener una idea clara de cómo regresaría a su casa. Ella jamás tenía, como nosotros, una hora límite. A ella nadie le decía: «Si te vas a la fiesta del viernes, ya no vas a la del sábado. ¡Elige!». Y cuando comentábamos lo afortunada que era, ella solo lanzaba una sonrisa que tenía un aire triste.

De todas maneras, y quizá gracias a esa realidad, Paula había aprendido a arreglárselas sola. Hacía cosas que para el resto de compañeros habrían sido impensables. Sabía cocinar desde los diez años, podía destapar una tubería obstruida, conocía todas las líneas de autobús de la ciudad, su primer tatuaje se lo había hecho a los trece y a veces conducía a escondidas el auto de su papá. Paula era una niña grande, una adolescente niña, una adulta pequeña... Paula era mi mejor amiga y yo la admiraba mucho.

21

Cuando ella me prestaba su diario para que yo lo leyera, me daba la impresión de que ambas vivíamos en planetas distintos. Yo tenía amigos en el colegio y alguno en el barrio, pero Paula, además, conocía a las vendedoras del mercado, a un zapatero y se sabía la vida de una señora que vendía caramelos afuera del cine.

Su tatuaje más reciente lo llevaba en el brazo izquierdo, y era un anillo irregular formado por unas huellas de gato. Entre esas huellas se podía leer: «Free Cats», el nombre de su grupo musical preferido, una banda formada por tres chicos flacos, blancuzcos y guapos que cantaban lo que ellos llamaban «música desnuda». Era algo parecido a un *rock* lento con letras que hablaban de amor y soledad, un coctel lacrimógeno solo para nostálgicos.

Paula tarareaba sus canciones con la certeza de que solo ellos, los Free Cats, la entendían sin juzgarla. Su habitación, decorada con un *graffiti* en la pared, su colección de gorras, su gata Kina, su club de amigos descubiertos en Internet y su «música desnuda» eran su refugio más íntimo.

Aquel día lunes, a la hora del primer recreo, mientras hablábamos de lo que había ocurrido con el profesor Guerra, se nos acercó Quique y, dirigiéndose a Paula, le dijo:

—Te tengo una noticia bomba... Los Free Cats se presentan este sábado.

—Noticia vieja —respondió ella— pero, de todas maneras, se te agradece por la información.

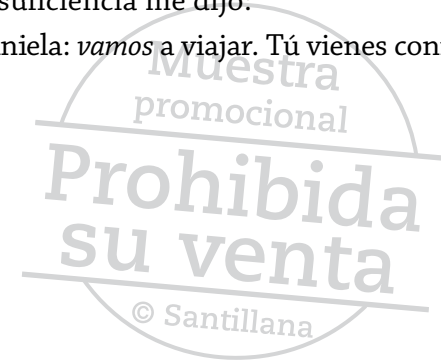
—¿Vienen de verdad? —le pregunté asombrada.

—Sí, el *pequeño* inconveniente es que se presentarán en el Coliseo Mayor de la capital.

—¡Pero eso está a más de 200 kilómetros de aquí! No me digas que vas a viajar...

Ella me miró seriamente, sonrió con la mitad de su boca y con gesto de autosuficiencia me dijo:

—Corrección, Daniela: *vamos* a viajar. Tú vienes conmigo.



III



Lo de Quique y Paula comenzó como una travesura. En una reunión de compañeros habíamos decidido jugar a la botella, como si se tratara del plan más atrevido y pecaminoso de la historia. Era evidente que todos nos habíamos apuntado al juego porque queríamos besar a alguien... a los 15 años la mayoría de nosotros aún no había inaugurado labios y necesitábamos ir ganando algo de experiencia en el tema.

Cuando la botella giraba, permanecíamos tensos y en silencio. Todos adoptábamos gestos de: «Ojalá no me toque a mí», como si hacernos los difíciles nos otorgara más puntos, pero yo estoy segura de que, muy en el fondo, todos rezábamos para que el pico de la botella se detuviera apuntando hacia nosotros. El juego manda que se plantee la pregunta a los implicados: «¿Verdad o consecuencia?». En los primeros juegos a nadie se le ocurría optar por «verdad», y no es que tuviéramos nada que ocultar, sino que preferíamos los besos más que cualquier otra cosa. Entre los aplausos y las risitas de los compañeros, la pareja favorecida por la botella cerraba sus ojos, estiraba sus labios y, muy despacio, se acercaban hasta que sus bocas se tocaban suavemente por